

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion en casa de Polonio.

Entran POLONIO y REINALDO.

POLONIO.

Le darás esta suma y estas cartas,
Reinaldo.

REINALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Y ántes de verlo,
Cuerdamente obrarás, buen Reinaldo,
Inquiriendo qué vida es la que lleva.

REINALDO.

Tal pensaba.

POLONIO.

Bien dicho; muy bien dicho.
Primeramente, qué dinamarqueses
Son los que habitan en Paris indagas;

Por qué están, quiénes son, en dónde viven,
 A quién tratan, qué gastan; descubriendo
 Con tales circunloquios y artilicios
 Si á mi hijo conocen, más exactas
 Noticias obtendrás que preguntando.
 Dices, que de él alguna cosa sabes:
 Por ejemplo, «su padre, sus amigos,
 «Conocidos me son, y aun él un poco:»
 ¿Reinaldo, estás?

REINALDO.

Muy bien, señor, lo entiendo.

POLONIO.

«Un poco,» ¿estás? y añadirás, «no mucho.»
 «Mas, si es quien me he pensado, es un tronera;»
 «Dado á esto y á esotro:» y luego encajas
 Cuantas ficciones gustes; pero cuida
 De no ofender su honor; atiende á eso:
 Cita bromas, deslices y aventuras
 Que propias, como todo el mundo sabe
 Son de la juventud y del que es libre.

REINALDO.

Como el juego, señor.

POLONIO.

Ó la bebida,
 Ó el ser espadachín y mal hablado,
 Ó camorrista, ó licencioso: puedes
 Extenderte hasta eso.

REINALDO.

Señor, eso
 Pudiera deshonrarlo.

POLONIO.

No lo creas.
 Debes modificar lo que le achaques.
 Pues no quiere que aumentes sus defectos,
 Ni digas que es un joven disoluto:
 Tal no pretendo; de sus faltas habla

Tan sólo como tachas que proceden
 De demasiada libertad, de exceso
 De ardor viril, de indómito carácter
 A las contrariedades no avezado.

REINALDO.

¿Pero señor?

POLONIO.

¿Á qué obrar de este modo?

REINALDO.

Si tal, señor.

POLONIO.

Pues bien, mi objeto es este,
 Rasgo de gran ingenio á lo que juzgo.
 De mi hijo el buen nombre deprimiendo
 Con esas leves faltas, cual si fueran
 Cosa corriente ¿estás? al que le hables
 Y desees sondar, si ya le consta
 Que el joven en cuestión ha maleado,
 Conteste exclamará de esta manera:
 «Señor,» ó «tal,» ó «amigo,» ó «caballero,»
 Según su rango, ó título, ó el uso
 De su país.

REINALDO.

Muy bien, señor.

POLONIO.

Entonces;
 «Esto hace,» dirás, y «esotro....» ¿Dime,
 Que te iba yo á decir? pues por mi vida,
 Que algo te iba á decir. ¿En qué quedamos?

REINALDO.

En «conteste,» y «amigo,» ó «caballero,»

POLONIO.

¿En «conteste,»? ya caigo; justamente:
 Así dirá: «conozco á ese muchacho;

•Lo vi ayer ó lo he visto el otro día;
 •Ó antes, ó despues, con éste, ó el otro;•
 Y como vos decís, jugando estaba;•
 •O en francachela;• ó •en lidia de pelota;•
 O puede ser que exclame, entrar lo he visto
 •En tal casa, que tiene mala fama;•
 Videlicet burdel, ó cosas tales:
 Ahora lo ves; con cebo de mentiras
 La trucha así de la verdad se pesca:
 Los que estamos dotados de talento;
 Y penetramos, con sutiles trazas;
 Con artimañas, indirectamente,
 A lo directo vamos; aprovecha
 Mi consejo y leccion para mi hijo.
 ¿Lo entiendes, di?

REINALDO.

Sí tal, señor, lo entiendo.

POLONIO.

Adios; véte con Dios.

REINALDO.

Que Dios os guarde.

POLONIO.

Observa por tí mismo su conducta.

REINALDO.

Lo haré, señor.

POLONIO.

Que á su leccion atienda

De música.

REINALDO.

Señor, contad conmigo.

POLONIO.

Adios. (Véase Reinaldo.)

Entra OFELIA.

¿Ofelia! dime ¿qué sucede?

OFELIA.

¡Señor, señor, estoy tan azorada!

POLONIO.

¡Válgate Dios! ¿de qué?

OFELIA.

Mientras cosía
 En mi cuarto, señor, su alteza Hámet,
 Todo abierto el jubon y sin sombrero,
 Descompuesto y sin liga su calzado
 Sobre los piés caído, con el rostro
 Cual la cera, temblando sus rodillas,
 Con una triste expresion en su mirada
 Cual si salido hubiera del infierno
 A hablar de sus horrores se presenta.

POLONIO.

¿Loco de amor por tí?

OFELIA.

No lo aseguro,
 Mas lo temo, señor.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Asiéndome con fuerza por el brazo
 De sí me aparta á lo que el suyo alcanza;
 Y la otra mano así sobre su frente,
 Escudriña mi rostro cual si fuera
 Mi retrato á sacar. Por largo trecho
 Quedó inmóvil; despues, suavemente
 Sacude el brazo mio, y su cabeza
 Moviendo así tres veces sucesivas,

Un suspiro lanzó tan lastimero
 Y tan profundo, que agitar parece
 Todo su ser y consumir su vida:
 Sueltame luego; y, vuelta sobre el hombro
 Su cabeza, encontró aparentemente
 Sin auxilio de ojos su camino;
 Pues salió por las puertas sin moverlos,
 En mí fijando, hasta partir, su lumbre.

POLONIO.

Ven, irémos los dos: al Rey veamos.
 Un frenesí de amor sin duda es eso,
 Cuya misma violencia lo destraza,
 La voluntad llevando á la demencia,
 Cual la pasión más fuerte que en el mundo
 Nos perturba. Lo siento. ¿Tú le has dicho
 En estos días cosa que le ofenda?

OFELIA.

No, señor; mas cumplí vuestro mandato:
 Le devolví sus cartas y neguéme
 A verlo.

POLONIO.

Pues está por eso loco.
 Siento no haber juzgado con más calma
 Y más cautela de él; pero supuse
 Que aquello era un capricho y que quería
 Tu perdición. ¡Reniego de mí celoso!
 Por Dios, que es tan común á nuestros años
 Pecar por más en nuestros juicios todos,
 Como es común entre la gente joven,
 Falta de precaución. Vente conmigo,
 Al Rey veamos, que esto ha de saberse:
 Promover puede, oculto, mal más cierto,
 Que el odio que concite descubierto.

ESCENA II.

Salon en el Castillo.

Entran el REY, la REINA, ROSENCRANTZ, GUIL-
 DENSTERN, y acompañamiento.

REY.

¡Oh, Rosencrantz y Guildenstern amados,
 Bien venidos! Promueve nuestra prisa
 En llamaros, no sólo afán de veros,
 Sino necesidad de vuestro auxilio.
 Sin duda ya sabéis que se halla Hámlet
 De modo tan completo transformado
 Que, á la verdad, ni el mismo ser parece.
 No comprendo que exista otro motivo
 Para que así su juicio se conturbe
 Más que la muerte de su padre: os ruego,
 Ya que fuisteis los dos con él criados,
 E igual edad tenéis é iguales gustos,
 Que algun tiempo vivais en nuestra corte
 Y hagais por inducirlo á los placeres
 En la compañía vuestra; descubriendo,
 En ocasion propicia, si algo causa
 Su afliccion que ignorado de nosotros,
 Remediar se pudiera conocido.

REINA.

Mucho habla de vosotros, caballeros,
 Y cierta estoy no existen dos personas
 -- quien estime más; y si en agrado
 Os viniera mostrarnos gentileza,
 Quedándoos con nosotros algun tiempo,
 Y alimentando así nuestra esperanza,
 Fuera vuestra visita agradecida
 Cual cumple á la real munificencia

ROSENCRANTZ.

A vuestra majestades sólo incumbe,

Por el poder omnímodo que ejercen,
En nosotros mandar, no suplicarnos.

GUILDENSTERN.

Obedecemos ambos, y ofrecemos
Sin restricción nuestros servicios todos
A vuestros pies dispuestos á servirlos.

REY.

Mil gracias, Rosencrantz y Guildenstern.

REINA.

Gracias mil, Guildenstern y Rosencrantz.
Yo os ruego que veáis en el momento
mi hijo ya tan otro.—Lleve alguno
Donde Hamlet se encuentre á estos señores.

GUILDENSTERN.

¡Sea nuestra venida y permanencia
Para su agrado y su provecho!

REINA.

¡Amen!

(*Váuse Rosencrantz y Guildenstern y algunas servidores.*)

Entra POLONIO.

POLONIO.

De Noruega, señor, alegres vuelven
Ya los embajadores

REY.

Siempre fuiste
El padre tú de las noticias faustas.

POLONIO.

¿De veras, mi señor? Pues yo aseguro
A mi excelente rey, que mis servicios,

Como mi alma misma, se hallan siempre
A la orden de Dios y mi monarca;
Y ahora imagino, ó mi cerebro acaso
El rastro de la intriga ya no busquen
Cual antes, que por fin hallé la causa
Que promueve de Hamlet la locura.

REY.

¡Oh! ¡Hablad, hablad! Con ansias os escucho

POLONIO.

Á los embajadores ved primero:
Postres de este festín serán mis nuevas.

REY.

Obsequioso recibelos y entren. (*Váse Polonio.*)
Dice, Gertrudis mía, que ha encontrado
La causa del quebranto de tu hijo.

REINA.

Es lo que ya sabemos: de su padre
La muerte, y nuestra unión precipitada.

REY.

Lo pondremos á prueba.

Entran POLONIO, VOLTIMAND y CORNELIO

Bien venidos,
Amigos míos, Voltimand, responde:
¿Qué nuevas de mi hermano el de Noruega?

VOLTIMAND:

Corresponde á saludos y deseos;
Las levas suspender mandó al instante
Que su sobrino hacía, y que él juzgaba
En contra del polaco; pero ha visto,
Informado mejor, que eran realmente
Contra la aljeza vuestra. Contristado
Al ver tamaño abuso de los fueros
De su edad, sus achaques é impotencia,
Órdenes manda á Fortinbrás, que en breve
Le obedece. Repréndelo, el monarca:

Y en fin, llega á jurar ante su tío
No hacer armas jamás en contra vuestra.
El viejo rey de regocijo lleno
De renta le otorgó tres mil coronas,
Y permiso, además, para que ocupé
Las gentes que enganchó, contra el polaco:
Con súplica, en extenso aquí expresada,
(*Dando un papel.*)
Pidiendo concedáis paso seguro
A la empresa por el reino vuestro,
Con justas garantías y franquicias
Que hallareis anotadas.

REY.

¡Que me placel
Lo leeremos después con más espacio,
Y respuesta daremos, al asunto
Prestándole atención. Por el momento
Las gracias aceptad por esta empresa
De éxito tan feliz. Tomad reposo,
Y á la noche al festín. ¡Muy bien venidos!
(*Váase Voltimand y Cornelio.*)

POLONIO.

Terminó felizmente este negocio.
Soberano y señora, que yo explique
Lo que es la majestad, qué son deberes,
O por qué el día es día, noche noche,
Y el tiempo tiempo, inútilmente fuera
Día desperdiciar y noche y tiempo.
La brevedad es del ingenio el alma,
La pesadez sus miembros y accesorios.
Será, pues, breve. Vuestro excelso hijo
Loco está, loco. ¿Definir locuras
No fuera en uno confesarse loco?
Pase esto, pues.

REINA.

Más miga y menos arte.

POLONIO.

Ningun arte, gastar juro, señora,
Que está loco es verdad, verdad sensible,
Y sensible verdad; no hay duda en ello;

Antítesis ridícula; mas pase,
Que usar no quiero de artificio alguno.
Admitámosle loco; ahora nos resta
Investigar la causa de este efecto:
Que este defecto, efecto es de una causa.
Esto sentido queda, y esto queda.
¡Atención!
Tengo una hija, mientras fuere mía:
Que, cual cumple al respeto, á la obediencia
¿Estais? Esto me ha dado; oigan, juzguen:
(*Lee.*) -Al idolo celestial de mi alma, la ricamente
dotada Ofelia.—Esta frase es mala, es una frase
rastrera. Ricamente dotada es una frase rastrera;
pero ya oíreis. Así dice: (*Lee.*) En su puro y blanco
pecho, estos, etc. »

REINA.

¿Así le escribe Hamlet?

POLONIO.

Esperad, la verdad dirán mis labios. (*Lee.*)

« Pon en duda si el sol gira,
Si hay en la estrella fulgor;
Si la verdad no es mentira;
Mas no dudes de mi amor. »

« Si, mi querida Ofelia, no sirvo para hacer versos
me falta arte para expresar mis ansias; pero cree
que te amo inmensamente; oh, inmensamente;
adiós. Tuyo por siempre, mi queridísima dama,
mientras esta máquina sea suya, *Hamlet.* »
Mi hija, obediente, me enseñó esta carta,
Y cuando y dónde y cómo principiaron
Y siguieron después los galanteos
Del Príncipe me dijo: todo, todo
Me lo ha revelado.

REINA.

Pero ella,
¿Ha aceptado su amor?

POLONIO.

¿Qué me creéis?

REY.

Os tengo por leal y caballero

POLONIO.

A eso aspiró. Mas, ¿qué hubiérais pensado?
Si ese ardoroso amor que he visto en ciernes,
(Como lo vi en efecto, he de advertiros,
Antes que mi hija hablara) qué pensárais,
Vos ó la majestad de mi querida
Reina y esposa vuestra aquí presente,
Si, atendiendo á mis libros y pupitre,
El tonto yo me liciera, ó sordo y mudo,
Sin dar á esos amores importancia?
¿Qué pensárais? Mas no; porque á mi niña
Así hablé yo sin malgastar el tiempo:
«Príncipe, cuya esfera no es la tuya,
Su alteza Hamlet es y ser no puede.»
Aconsejéle luego que esquivara
Su trato, ni admitiera sus mensajes,
Ni aceptara regalos; y esto hecho,
En ella mis consejos dieron fruto,
Repulsado.... En brevísimas palabras,
Dió en la tristeza, luego en el ayuno,
Vino el insomnio, abatimiento luego,
Luego caprichos, y, por tal declive,
Llegó al fin la demencia que le embarga,
Y todos lamentamos.

REY.

¿Creeis vos eso?

REINA.

Sí tal, es muy probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido
Alguna vez (quisiera averiguarlo)
Que haya yo asegurado que «eso es eso»
Y no haya sido?

REY.

Nunca en mi experiencia.

POLONIO.

(Señalando á su cabeza y á sus hombros.)
Esta quitad á é. Vos si me engaño:
Si me apremián á mi las circunstancias,
Hallaré la verdad, aunque se esconda
De la tierra en los senos más profundos.

REY.

Y qué hacer para verlo comprobado?

POLONIO.

A veces hasta cuatro horas paseo
Por estas galerías.

REINA.

Es muy cierto.

POLONIO.

Pues hago que mi hija aquí lo encuentre
Presenciando nosotros la entrevista
Tas los tapices. Si es que no la ama,
Si es que por ella no ha perdido el juicio,
No debo ser ministro de un Estado:
Cuidaré de un cortijo y sus carretas.

REY.

Probaremos.

REINA.

Mas ved, cuán tristemente
Levando el de-graciado se aproxima.

POLONIO.

Los ambrosios megor voy á hablarle.
(Váuse el Rey, la Reina y acompañamiento.)

Entra HAMLET leyendo.

Con vuestro permiso: ¿cómo está vuestra alteza?

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conocéis, señor?

HAMLET.

Os conozco perfectamente; sois pescadero.

POLONIO.

¿Yo? ¡Nada de eso, señor!

HAMLET.

Pues ojalá que fuérais tan honrado.

POLONIO.

¡Honrado!

HAMLET.

Sí, señor; tal cual el mundo anda, ser honrado es como ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Esa es gran verdad.

HAMLET.

(Leyendo.) «Si el sol cria gusanos en el cadáver de un perro; y siendo un Dios acaricia la podredumbre...» ¿Teneis alguna hija?

POLONIO.

Sí, señor.

HAMLET.

Pues que no ande al sol: es una bendición concebir; pero no como podría concebir vuestra hija. Atended á esto, amigo mío.

POLONIO.

(Qué queréis decir con eso? (Aparte.) Siempre el tema de mi hija; pero al principio no me conocio dijo que era pescadero. Muy loco está, muy loco. Por cierto, que en mi juventud tambien me trastornaron los amores; casi tanto como á él. Le hablaré otra vez.—¿Qué leéis, señor?

HAMLET.

Palabras, palabras, palabras.

POLONIO.

Más, señor, ¿de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quién?

POLONIO.

Quiero decir, ¿de qué asunto trata el libro?

HAMLET.

Calumnias, caballero: este tunante es tan mordaz, que afirma que los viejos tienen cara la harba, arrugas en la cara, que sus ojos manan ámbar y goma de ciruela, y que vienen á una gran falta de ingenio, flaquezimas, nálgas; y, aunque todo esto lo creo yo total y absolutamente no me parece justo que se asiente de este modo; porque, señor mío, vos mismo tendríais mi edad, si pudiérais caminar hácia atrás como los cañeros.

POLONIO.

(Aparte.) Aunque esto es locura, hay cierto método en lo que dice.—¿No quisiérais quitarnos del aire?

HÁMLET.

¿Meterme en mi sepultura?

POLONIO.

(*Aparte.*) Verdad que eso es quitarse del aire. ¡¿Ué intencionadas son sus respuestas! Más felices son á veces las ocurrencias de la locura que los productos de la inteligencia y del sano juicio. Lo dejaré, y haré que inmediatamente se encuentren él y mi hijo.—Humildemente pido la venia á vuestra alteza para despedirme.

HÁMLET.

Nada podiais pedirme que con mayor satisfaccion os concediera, exceptuando mi vida, exceptuando mi vida, exceptuando mi vida.

POLONIO.

Adiós, señor.

HÁMLET.

¡Necios y pesadimosos viejos!

Entran ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

POLONIO.

¿Vais en busca de su alteza Hámler? Pues ahí le tenéis.

ROSENCRANTZ.

(*A Polonio.*) Dios os guarde. (*Váse Polonio.*)

GUILDENSTERN.

Mi estimado señor.

ROSENCRANTZ.

Mi querido señor.

HÁMLET.

¡Mis queridísimos amigos! ¿Cómo estás, Guildenstern? ¡Ola Rosencrantz! Guapos chicos; ¿cómo estáis ámbos?

ROSENCRANTZ.

Como la gente de poco más ó ménos en la tierra.

GUILDENSTERN.

Dichosos, por no ser barto dichosos
Ni el airon del tocado de fortuna.

HÁMLET.

Ni la suela de sus zapatos.

ROSENCRANTZ.

Ni lo uno ni lo otro.

HÁMLET.

Entónces os hallais hácia su cintura, ó en el centro de sus favores.

ROSENCRANTZ.

¡Pues! ¡Sus favoritos!

HÁMLET.

¿De su secreta privanza? ¡Si ya caigo! es una meretriz. ¿Qué noticias hay?

ROSENCRANTZ.

Ninguna; únicamente que el mundo aumenta en virtudes.

HÁMLET.

Pues entónces se acerca el dia del juicio; pero tus noticias son falsas. Dejádme interrogaros más

detenidamente: ¿qué habeis hecho, amigos míos? para merecer que la fortuna os envíe á esta prisión.

GULDENSTERN.

¡Prisión!

HÁMLET.

Dinamarca es una prisión.

ROSENCRANTZ.

Prisión, pues, es el mundo.

HÁMLET.

Y magnífica: en que hay confinados, carceleros y calabozos: uno de los peores Dinamarca.

ROSENCRANTZ.

No lo creemos así.

HÁMLET.

Pues entonces para vosotros no lo será; porque nada es ni bueno ni malo si damos en pensar en ello; para mí es una prisión.

ROSENCRANTZ.

Así os lo hará juzgar vuestra ambición; será demasiado estrecha para vuestras aspiraciones.

HÁMLET.

¡Oh, Dios mío! Pudieranme encerrar en una cámara de nuez y me creería rey del infinito universo, á no soñar horrores.

GULDENSTERN.

Son sueños de la ambición, porque el alimento del ambicioso, es sólo la sombra de un sueño.

HÁMLET.

Un sueño no es más que una sombra.

ROSENCRANTZ.

Es cierto, y yo sostengo que la ambición es tan esencialmente aérea y baladí, que es la sombra de una sombra.

HÁMLET.

Pues entonces nuestros mendigos son cuerpos, y nuestros monarcas y grandes héroes sombras de mendigos. ¿Vamos á la corte? pues á fé mia que no estoy para discutir.

ROSENCRANTZ Y GULDENSTERN.

Acompañaremos á vuestra alteza.

HÁMLET.

De ningún modo: no quiero ponerlos al nivel de mis demás sirvientes; porque á fé de hombre de bien, estoy tremendamente acompañado. Pero, en el seno de la amistad, ¿qué os conduce á Elsinor?

ROSENCRANTZ.

Veros: ningún otro asunto.

HÁMLET.

¡Qué miserable soy! ¡Pobre hasta en dar gracias! Pero, gracias! y por cierto, amigos míos, que aun á ochavo, caras son mis gracias. ¿No os han mandado venir? ¿Es de propia voluntad? ¿Es vuestra visita espontánea? Vamos tratadme como debéis: vamos. VAMOS; respondedme.

GULDENSTERN.

¿Qué vamos á decir, señor?

HÁMLET.

Cualquier cosa, pero al caso. Se os ha obligado á venir; hay de ello una tácita confesion en vuestro semblante, á cuya inocencia no puede dar color vuestra astucia: sé que el buen Rey y la Reina os han mandado llamar.

ROSENCRANTZ.

Y ¿á qué fin, señor?

HÁMLET.

Eso me lo direis vosotros. Pero yo os conjuro, por los derechos de nuestro compañerismo, por la consonancia de nuestra edad, por las obligaciones de nuestra nunca interrumpida amistad, y por todo aquello que os fuere más querido, y que otro mas orador que yo pudiera recordaros, á que seáis francos y leales conmigo: ¿os llamaron, si, ó no?

ROSENCRANTZ.

(*Aparte á Guildenstern.*) ¿Qué diremos?

HÁMLET.

(*Aparte.*) ¡Ojalá! Entonces me guardaré de vosotros. Si me quereis, no me reserveis nada.

GUILDENSTERN

Señor, nos han mandado venir.

HÁMLET.

Yo os diré por qué; y el anticiparme evitará que me lo descubrais, y aparezca como que ha pechado la fidelidad que debeis al Rey y á la Reina. Desde hace corto tiempo, no sé por qué causa, he perdido mi alegría; he abandonado mis distracciones usuales; y, á la verdad, me encuentro tan abatido, que esta hermosa tierra me parece estéril calvario; esta magnífica bóveda, esta atmósfera, si, este espléndido firmamento que nos cubre, ese majestuoso techo

tachonado de áureo fuego, es para mí, solo un conjunto de inmundos y pestilentes vapores. ¡Obra cuán maravillosa es el hombre! ¡Cuán noble su razón! ¡Cuán infinitas sus facultades! Sus formas y movimientos ¡Cuán expresivos y admirables! ¡Sus actos como los de los ángeles! Su inteligencia ¡Cuán parecida á la de un Dios! ¡La gloria del mundo! ¡El modelo de los seres! Y sin embargo, ¿qué es para mí esta quinta esencia del polvo? No me agrada el hombre, ni la mujer tampoco, aunque con vuestras sonrisas deis á entender que no lo creéis,

ROSENCRANTZ.

No pensaba en eso, señor.

HÁMLET.

Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me agrada el hombre?

ROSENCRANTZ.

Pensaba, que si la gente no os agrada, van á tener los cómicos un recibimiento cuaresmal; los hemos comprometido en nuestro viaje, y aquí vienen para ofreceros sus servicios.

HÁMLET.

Quien haga de rey será bien venido; pagará tributo á Su Majestad; el caballero aventurero usará su espada y su redela; el amante no suspirará en vano; el gracioso concluirá su papel en paz; el payaso hará reír á quienes tengan la risa en el disparador, y la dama podrá expresar libremente sus pensamientos, aunque el verso cojee.—¿Qué cómicos son?

ROSENCRANTZ.

Los mismos que tanto os agradaban, los trágicos de la ciudad.

HÁMLET.

¿Y por qué viajan? Más ganarian en reputacion y en intereses quedándose quietos.

ROSENCRANTZ.

Creo que últimamente les está prohibido.

HÁMLET.

¿Se les apreciá tanto como cuando estaba yo en la ciudad! ¡Acude tanta gente á verlos!

ROSENCRANTZ.

No, señor.

HÁMLET.

¿Y por qué! ¿Se han enmohecido!

ROSENCRANTZ.

No: tratan de agradar como siempre, pero ha aparecido una cría de chiquillos, de unos polluelos que chillan á más no poder, y se les aplaude frenéticamente: ahora están de moda, y vociferan de tal suerte en los teatros públicos (como ellos los llaman), que actores de segunda en cinco han cogido miedo á la crítica de ciertas plumas de ganso, y apenas se atreven á presentarse en ellos.

HÁMLET.

¿Conque, niños! ¿Y quién los dirige! ¿Cuánto ganan! ¿Seguirán en el arte sólo mientras puedan cantar! Y ¿no exclamarán luego sí, como es probable, no mejorando su suerte se hacen actores, que aquellos para quienes escriben les hacen poco favor obligándoles á declamar contra la profesión que deberán seguir más tarde?

ROSENCRANTZ.

Lo cierto es, que ha habido mucha agitación por ambas partes, y el público no cree pecar con azuzarlos: durante algun tiempo, no se pagaba dinero por pieza alguna, sin que poeta y actores no se hubiesen abofeteado previamente.

HÁMLET.

¿Es posible?

GULDENSTERN.

¡Oh! ha habido gran desperdicio de ingenio.

HÁMLET.

¿Y vencen los muchachos?

ROSENCRANTZ.

¡Vaya! vencen á Hércules y á todo su poder.

HÁMLET.

No es extraño; porque mi tío es rey de Dinamarca, y los que le hubieran hecho muecas cuando mi padre vivía, ahora darían veinte, cuarenta, cincuenta y hasta cien ducados por su retrato de miniatura. ¡Voto val se probaría que esto es anti-natural, si la filosofía se metiese en dilucidarlo.

(Suenan trompetas dentro.)

GULDENSTERN.

Ahí vienen los cómicos.

HÁMLET.

Amigos, bien venidos á Elsinor. Vengan esas manos, ¿estamos? Corresponde dar la bienvenida con cumplimientos y ceremonias, pero dejadme cumplir con vosotros en esta forma, no vaya á aparecer el recibimiento que ha de hacer á los cómicos,—que, como ya os he dicho, ha de ser lucido,—más fastuoso que el que á vosotros hiciera. Bien venidos seáis; pero mi tío padre y tía madre se equivocan.

GULDENSTERN.

¿Cómo, señor?

HÁMLET.

Estoy loco sólo cuando sopla el Nornordeste: cuando sopla el Sur se distingue la garza del halcón.

Entra POLONIO.

POLONIO.

¡Me alegro de veros buenos, caballeros!

HÁMLET.

Oye, Guñdenstern; y tú también: cada uno es un oyente. Esa vieja criaturita que veis ahí, está todavía en mantillas.

ROSENCRANTZ.

Acaso las use por segunda vez; pues dicen que los viejos vuelven a la primera edad.

HÁMLET.

Me atrevo a profetizar que viene a hablarme de los cómicos; ya vereis.—Decís bien: el lunes por la mañana así fué.

POLONIO.

Señor, os traigo noticias.

HÁMLET.

Señor, os traigo noticia. Cuando Roscio se representaba en Roma...

POLONIO.

Los cómicos han llegado.

HÁMLET.

¡Bah! ¡Bah!

POLONIO.

¡Os lo juro sobre mí...

HÁMLET.

¿Acaso en burro cabalgando vienen?

POLONIO.

Los mejores cómicos del universo, sea para lo trágico ó para lo cómico, para lo histórico ó para lo pastoral; para lo cómico-pastoral, ó para lo histórico-pastoral; para lo trágico-histórico, ó para lo trágico-cómico-histórico-pastoral; para la escena indivisible ó para el poema ilimitado. Con ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto es demasiado leve. Sea atendéndose a las reglas del arte, ó libremente improvisando, no hay actores que los igualen.

HÁMLET.

¡Oh! Jefe, juez de Israel, qué tesoro teneis!

POLONIO.

¿Qué tesoro tenia?

HÁMLET.

¡Vaya!
¡Su única hermosa hija,
A quien sin tasa amaba!

POLONIO.

(Aparte.) ¡Siempre mi hija!

HÁMLET.

¿No tengo razon, oh virtuoso Jefe?

POLONIO.

Si soy Jefe, entonces tengo una hija á quien amo sin tasa.

HÁMLET.

No; consecuencia no es.

POLONIO.

¿Pues cuál es la consecuencia?

HÁMLET.

Esta:

•Y por suerte
Dios lo advierte;

Y luego, como sabeis,

•Porque al fin aconteciera,
Lo que acontecer debiera.»

La primera estrofa de esta canción piadosa os dirá más; porque mirad, ahí llegan los que terminan mi discurso.

(*Entran cuatro ó cinco actores.*)

Bien venidos, señores; bien venidos todos. ¡Me alegro de veros buenos, amigos míos; bien venidos. ¡Antiguo amigo mío! ¡Desde que no te veo, adornan guarniciones tu cara. ¿Te me subes á las barbas en Dinamarca? ¡Hola, señorita y dueña mía! Válgame la Virgen, el alto de un chapín está vuestra merced más cerca del cielo, que cuando la ví la última vez. Dios quiera que vuestra voz no se haya echado á perder con el uso, como moneda de baja ley. Señores, sed todos bien venidos. Vamos desde luego al grano. Como halconeros franceses, á volar tras lo primero que se vea! Oigamos ahora mismo una relación: vamos, dadnos una muestra de vuestro ingenio, venga un pasaje apasionado.

PRIMER ACTOR.

¿Qué pasaje, señor?

HÁMLET.

Te oí una vez una relación, que nunca llegó á representarse ante el público; ó, si acaso, una vez únicamente; porque recuerdo que la pieza no agradó á la multitud. No era manjar para el vulgo; pero sí una composición magnífica, según mi juicio y el de otras personas, cuya opinión en estas materias está muy por encima de la mía. Bien combinadas las escenas, y desenvuelto el argumento con tanta naturalidad como arte. Recuerdo, haber dicho uno, que quizás no había sal bastante en el verso para sazonar el diálogo, ni en la frase énfasis bastante para calificar de apasionado al autor; pero que era una pieza de gran mérito, instructiva y agradable,

ó infinitamente más bella que brillante. Un pasaje me agradó extraordinariamente: la relación de Eneas á Dido; y, con particularidad, el trozo en que habla de la muerte de Priamo: si lo recordas, principia con este verso: vamos á ver, vamos á ver:

•Pirro el feroz, como la fiera Hircana.....
No es así...; principia con Pirro.

•Pirro el feroz, el de las armas negras,
Negras cual su propósito siniestro,
Del caballo ominoso en las entrañas
La imagen de la noche parecía.
Ahora su oscuro y pavoroso aspecto
Más espantosa heráldica reviste:
Gules todo su cuerpo, ya chorrea
Con la sangre de ancianos y matronas,
De vírgenes y niños, que apiñados
Y ardiendo entre los muros humeantes,
Con siniestros y lúgubres fulgores,
El triste fin de su señor alumbran;
Por la ira y el fuego enardecido,
Abultando su cuerpo sangre espesa,
Y á carbunclos sus ojos semejantes,
Pirro, cual monstruo que abortó el averno,
Busca al vetusto Priamo.—Prosigue.

POLONIO.

Pardiez, señor, muy bien dicho: con excelente entonación y mucha intelgencia.

PRIMER ACTOR.

•Lo encuentra al fin en vana lid luchando
Contra el griego. Su espada envejecida,
Inútil en su brazo, ya ni hiere,
Ni le obedece ya: Pirro á él se lanza:
¡Oh lucha desigual en ira ciega
Le yerra; empero de su espada el aire
Postra al débil anciano. El golpe entonces
Lo inanimada llion sentir parece:
Al suelo caen las torres incendiadas
Y á Pirro espanta su fragor tremendo.
¡Mirad! La espada que caer debía
Sobre las canas del ilustre anciano,
Suspendida en los aires permanece;
É inmóvil, cual estatua, se halla Pirro
Sin voluntad ni objeto.
Así, cual suele en hórrida tormenta
La calma intervenir, quietas las nubes

Y mudo el huracán, y silenciosa
 La tierra cual la muerte; y luego el trueno
 La celeste región atrado rasga,
 Despierta Pirro así de su letargo
 Y la venganza incita su tarea.
 No al forjarse de Marte la armadura
 Para la eterna prueba, los martillos
 De los gigantes ciclopes cayeron.
 Con ménos compasión que sobre Príamo
 Caró de Pirro la sangrienta espada.
 ¡Atras, atrás! fortuna veleidosal
 ¡Oh, dioses! ¡Suspended su poderío!
 De su rueda romped rayos y aro
 Y el pezon circular haced que ruede
 E e cuesta celestial á los profundos.

POLONIO.

Esto es demasiado largo.

HÁMLET.

Como diría el barbero de vuestra barba.—Haz el favor de seguir. A este le agrada un baile ó un cuento verde; si no, se duerme. Sigue, lleguemos á Hécuba.

PRIMER ACTOR.

¡Mas, ay! ¿Quién viere a la encubierta reina?

HÁMLET.

¿A la encubierta reina?

POLONIO.

Está bien «la encubierta reina»; está bien dicho.

PRIMER ACTOR.

«Correr de calza; y con copioso llanto
 Amenazar las llantas: toseo lienzo
 Cíñe en vez de corona su cabeza;
 Y en vez de vestiduras, una manta
 Que en su pavor arrebató, recubre
 Su barto, fecundo y relajado cuerpo;
 Quien esto viere, en ponzoñosas voces
 De traidora tachará á la fortuna;

Y hasta los mismos dioses, si escucharon
 El hórrido estallido de su pena
 Cuando á Pirro encontró que con su espada
 Los miembros laceraba del esposo,
 O las humanas penas no los turban,
 O de los ojos fulgidos del cielo
 Las lágrimas cayeran, y los dioses
 Contristados quedarán!»

POLONIO.

¡Mirad! ¡Pues no está demudado y las lágrimas se asoman á sus ojos! Por Dios, no más.

HÁMLET.

Muy bien: pronto haré que me repitas el resto.— Señor mío, ¿tendréis la bondad de cuidar de que se hospeden bien los actores? ¿Lo ois? Que se les agasaje en regla, porque son el resumen y la crónica de su época: más os valdría mal epitafio despues de muerto, que gozar de mala fama entre ellos en vida.

POLONIO.

Señor, cuidaré de que los traten como se merecen.

HÁMLET.

Hombre, ¡qué tontería! Mucho mejor. Si se trata á cada cual como se merece, ¿quién podrá eludir una paliza? Tratad á cada uno como corresponda á vuestro honor y á vuestra dignidad: mientras ménos merezcan, tanto más valdrán vuestros agasajos.—Id con ellos.

POLONIO.

Venid, señores.

HÁMLET.

Seguidlo, amigos. Mañana habrá representación.
(Vase Polonio con todos los actores menos el primer actor.)

Escucha, antiguo amigo: ¿puedes representar «El asesinato de Gonzago?»

PRIMER ACTOR.

Si, señor.

HÁMLET.

Pues se representará mañana. Si fuese preciso, ¿podrías aprender quince ó veinte versos para intercalarlos si yo quisiera, no es verdad?

PRIMER ACTOR.

Si, señor.

HÁMLET.

Muy bien. Sigue á ese caballero; y cuidado con hacerle burla. (*Vase el primer actor.*) Amigos míos, hasta la noche; bien venidos á Elsinor.

ROSENCRANTZ.

Noble señor.

HÁMLET.

Si, si tal. Id con Dios.

(*Vase Rosencrantz y Guildenstern.*)

Me encuentro solo.

¡Oh! ¡cuán infame soy, cuán vil esclavo!
¿No es monstruoso que ese actor, fingiendo,
Soñando sólo una pasión, amolde
El alma de tal modo á su capricho,
Que en completo su rostro palidece.
Vierten sus ojos lágrimas, su aspecto
Espanto causa, sus palabras tiemblan,
Y se acomoda su organismo entero
A una vana ficción? (Todo por nadal
¡Por Hécuba!
¿Y qué le importa á él Hécuba, ni á ella
Qué importa él, para que así la lloré?
¿Qué hiciera si el motivo le impulsase
Y el aguijón que mi dolor provoca?
Inundara la escena con su llanto,
Traspasara á las gentes su terrible
Lenguaje, al delincuente enloqueciera,
Causara horror al hombre virtuoso,
Al necio confundiera, y asombrara
Del ver y oír las facultades todas.
Mas yo....

Vil miserable; espíritu de ciego;

Amilanado, de intención vacío,
Cual sonámbulo nada decir logro,
Nada; ni aun por un rey, que despojado
De sus riquezas y preciosa vida
Inicuamente fue.—¿Que soy cobarde?
¿Quién me llama ruin, mi frente hiere,
Mi barba arranca y á mi faz la arroja,
Osó asir mi nariz, y en mi garganta
«Mentís» me arroja, que en lo más profundo
De mi pulmon penetra? ¿Quién tal hace?
¡Ah!....
Pardiez, que lo aguantara; pues preciso
Es que yo tenga entrañas de paloma,
Y que de hiel carezca que acibare
Las ofensas, ó ya cebado habria
Todos los gavilanes de la esfera
Con los inmundos restos de ese esclavo:
¡Ah, sanguinario, sanguinario, infame,
Cruel, traidor, lascivo, vil, infame!
¡Oh! ¡Venganzal....
Pero ¡cuán necio soy! ¡Gran valentía
Hijo de amante padre asesinado,
¡Yo á quien el cielo y el infierno impulsan
A tremenda venganza, desahogo
Mi corazón cual hembra, con palabras,
Y á maldecir me doy como ramera
O grumetal
¿Qué oprobio! ¡á trabajar, cerebro mío!—
He oído asegurar que en ocasiones
Herido en su conciencia el delincuente
Al asistir á una comedia puesta
En escena con arte, su delito
En aquel mismo instante ha confesado;
Que si la lengua no proclama el crimen,
Organos milagrosos lo delatan.
Yo haré que ante mi-tio representen
Un paso semejante los actores
Al vil asesinato de mi padre:
Lo observaré; lo sondaré á lo vivo:
Si palidece, mi camino es llano.—
Tal vez la sombra el diablo mismo sea
Pues su poder alcanza á revestirse
Con agradables formas: quizá intente;
Melancólico al verme y abatido,
(Pues grande es su poder si así nos halla),
Engañarme y perderme. Quiero datos,
Más fijos. La comedia; con su ayuda
La conciencia del Rey verá desnuda.